

XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Humanidad matrimonial

Padre Pedro José Ynaraja

El relato que aparece en la primera lectura de la misa de hoy, mis queridos jóvenes lectores, es de un candor ingenuo, para transmitirnos unas verdades fundamentales, de manera que si se hubiese redactado de otra manera, perdería mucho encanto. El peligro está en que, olvidando que es una lección catequética revelada, se crea pertenece a una descripción histórico- científica. Alejémonos, pues, del campo de la paleontología y de análisis antropológico, que el hacerlo y atribuirle enseñanzas de tal clase, ha perjudicado la consideración social de la que debe gozar la mujer.

Aquel "bicho" humano, nuestro protagonista, contempla admirado la riqueza natural, viva o inerte, que le han dicho que es propiedad suya y, en vez de gozar de esta fortuna, se siente solo, incapaz de comunicarse, de compartir, de amar. Dios a su vez le contempla a él y reconoce que su obra maestra no está acabada del todo. La estratagema de "anestesiarse" y, adelantándose a técnicas actuales de cultivo de células madre, a partir de una de sus costillas, reconstruye un cuerpo en el que al fijarse aquel humano, es consciente de que con él sí que será capaz de entenderse, dialogar, amar y vivir unidos. La narración dice que se entusiasmó y le echó el primer piropo que en el mundo se haya escuchado: tú eres carne de mi carne y hueso de mis huesos. A cualquiera de vosotras, mis queridas jóvenes lectoras, oír una tal frase a vosotras dirigida, no os entusiasmaría, naturalmente, pero cuando se escribió este relato, decir esto era un gran elogio. La mujer, en tiempos antiguos, era un enigma, un misterio: era sorprendente fecundidad. Tal característica, embarazo, parto, lactancia, que duraba sus buenos cinco o seis años, suponía estar encerrada en la cueva, en la choza, o en un habitáculo muy elemental. Era rica exuberancia, pero no reconocida como persona y tener protagonismo social. De cuando en cuando, al volver de la guerra tribal o de la cacería, se convertía en "el descanso del guerrero". Ambos papeles eran los que le atribuían aquellas culturas. Al decir el texto revelado que era carne y hueso idénticos al de aquel "bicho erecto", estaba proclamando que era tan persona humana como el primer varón. ¿Qué ha tardado siglos en reconocérsele? Evidente, querido Watson (sic). Tanto costaba aceptarlo, que hasta en el seno de la Iglesia hubo de defenderlo Santo Tomás de Aquino, uno de los teólogos de mayor categoría que en el mundo han sido.

Continúa el texto añadiendo que el hombre debe abandonar a los suyos, para trasladarse a vivir con su esposa, uniéndose de tal manera, que forman una íntima unidad, que en el estilo de la composición, se expresa diciendo que serán una sola

carne. No penséis que está refiriéndose a actos físicos, a pura unión genital, no. Está proclamando, en realidad todavía es anuncio, que el matrimonio es el germen de la familia, y esta la célula elemental y fundamental de la sociedad. De aquí su indisolubilidad.

Jesús, en el fragmento evangélico que leemos hoy, insiste y aclara el texto del Antiguo Testamento. Al referirse ellos a la legislación que atribuían a Moisés y pensando con seguridad en el comportamiento de algunos de los antiguos próceres de pueblo de Israel, lo justifica por unas circunstancias personales peculiares, como una excepción a la norma divina. El proyecto de Dios para la vida satisfactoria del hombre, es el matrimonio único e indisoluble. Romper la norma, es frustrar su plan. De tal manera que traicionarlo, es un comportamiento ilícito, que resulta ser un adulterio, tanto si se trata del varón como de la mujer.

(San Pablo complementará esta doctrina, añadiendo que la unión matrimonial, es imagen o diminuta realización, de la unidad que se da entre Cristo y su Iglesia (Ef 5,32).

Por si os parece que una tal radical exigencia evangélica es inhumana, os recuerdo, mis queridos jóvenes lectores, que el matrimonio cristiano, al que está refiriéndose Jesús, está enriquecido por la Gracia específica y debe apoyarse y valerse de los otros sacramentos, además de la oración.

Quien entra precipitada, inconsciente e imprudentemente, en el estado matrimonial, difícilmente logrará que perdure y dé sus frutos. Pero esto es cuestión que no toca comentar hoy.

Vuelve de nuevo el protagonismo de los niños. Una criatura es una joya y debemos tratarla con la misma precaución, aprecio y delicadeza con la que tratamos una pieza de cristal de Swarovski.

El valor del matrimonio cristiano es de tal calibre, y la calidad humana de un párvulo tan grande, que algunos hemos renunciado a casarnos y tener hijos, para ser ayuda de las familias y colaboradores en la educación de su prole. Quien lea entienda.